

**«El Hijo no puede hacer nada por su cuenta»** (Jn 5, 19)

Meditación sobre la santa Pascua

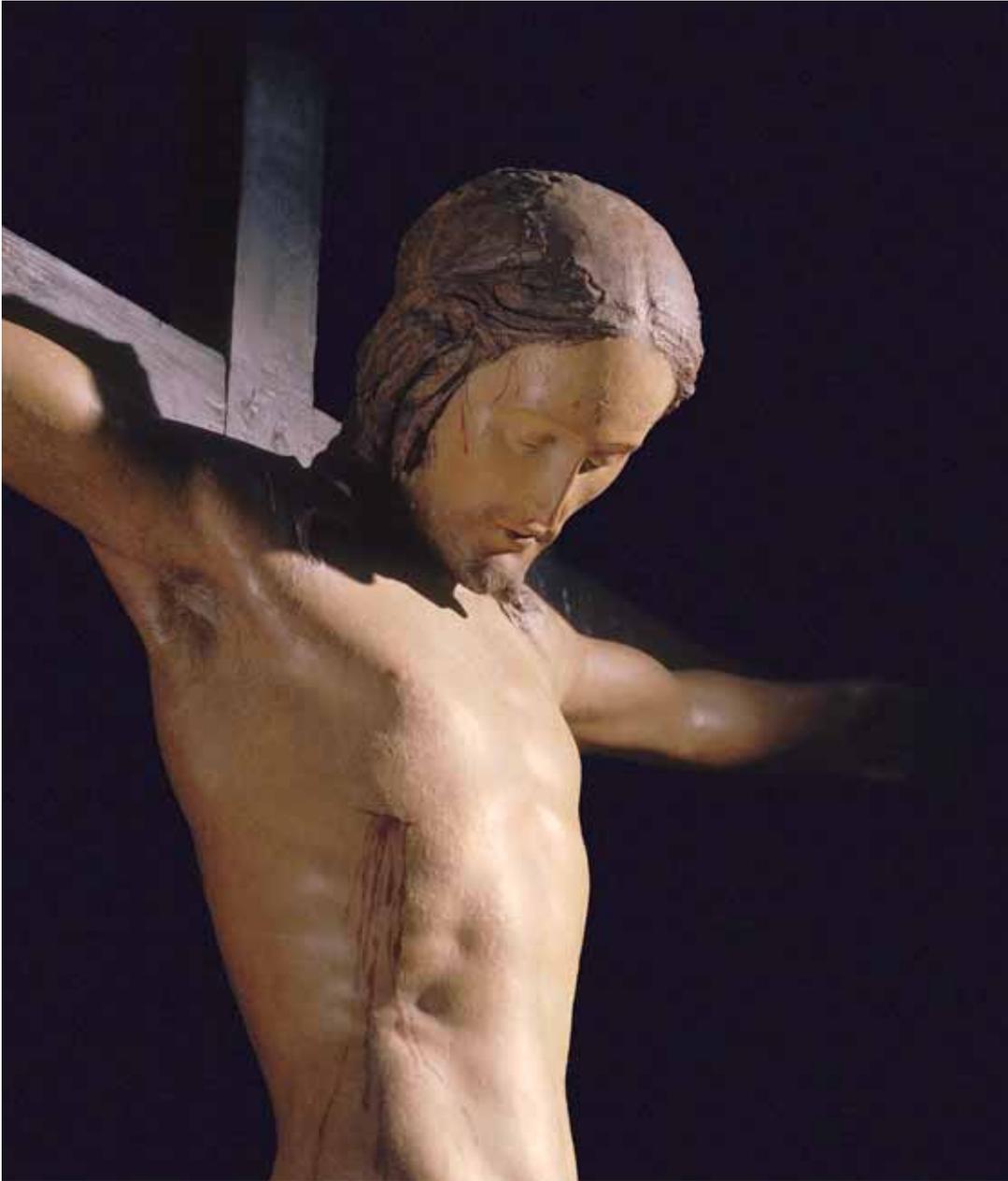
30DIAS

En la portada: *Trinidad*, Leandro Bassano, Galería Borghese, Roma

«El Hijo no puede hacer  
nada por su cuenta» (Jn 5, 19)

Meditación sobre la santa Pascua  
de don Giacomo Tantardini

Bérgamo, 15 de marzo de 2010



*Cristo crucificado, detalle, Miguel Ángel Buonarroti, iglesia de Santo Espíritu, Florencia*

Recemos *juntos* un Avemaría, así nos ayuda a *todos*.

*Ave María.*

Agradezco que me hayan invitado a pronunciar esta meditación. Y me alegra poder hablar, tratar de hablar esta tarde aquí en esta iglesia, en el lugar donde se dice que tuvo lugar el martirio de san Alejandro, un santo por el que siento especial devoción ya que la parroquia de mi pueblo está dedicada a él. Así que es uno de los santos mártires cuyo nombre conozco desde que era niño.

Y también me alegra estar aquí para esta meditación porque me acuerdo de otra meditación que pronuncié igualmente en Bérgamo hace diez años, con motivo de la Navidad de 2000, publicada luego en un librito titulado: *Il cristianesimo: una storia semplice* (“El cristianismo: una historia sencilla”), cuya lectura –me han referido– ha sido de consuelo para muchas personas.

En aquella meditación trataba de decir que el cristianismo es sencillo *porque* es una historia de gracia. Si naciera de nosotros mismos, si no fuera un acontecimiento y, por tanto, una historia de gracia, sería complicado. Al ser, en cambio, un don totalmente gratuito, una gracia totalmente gratuita que llega al corazón del hombre, el cristianismo es sencillo. No debemos tomar ninguna iniciativa *por nuestra cuenta*.

Decir que es sencillo –refería en aquella meditación– quiere decir también que es fácil. ¡Qué es fácil! «*Omnia fiunt facilia caritati*» dice san Agustín<sup>1</sup>. «Todo resulta fácil para la caridad». La caridad es el amor que Dios derrama en el corazón. Cuando este amor conmueve el corazón, todo resulta fácil. Todo resulta fácil para la caridad, todo resulta fácil para el don de Dios, para el amor de Dios que se derrama en el corazón.

Concluía esa meditación con una frase de Giussani, tomada de un artículo sobre el santo Rosario –aún me acuerdo cuando la leí en *Avvenire* el domingo 30 de abril del año santo 2000. Dice Giussani que nuestra respuesta a esta gracia, nuestra respuesta a la iniciativa de Dios, es una oración. No es una capacidad particular, es solamente el ímpetu de la oración.

Y luego Giussani, en ese artículo, ofrece una opinión que es como la sugerencia de una mirada a la historia de los últimos siglos.

Dice: «Creo que el pueblo cristiano se ha visto desde hace siglos bendecido y confirmado en su estar orientado hacia la salvación, sobre todo, por una cosa: el santo Rosario». «El pueblo cristiano se ha visto desde hace si-

<sup>1</sup> Agustín, *De natura et gratia* 69, 83.

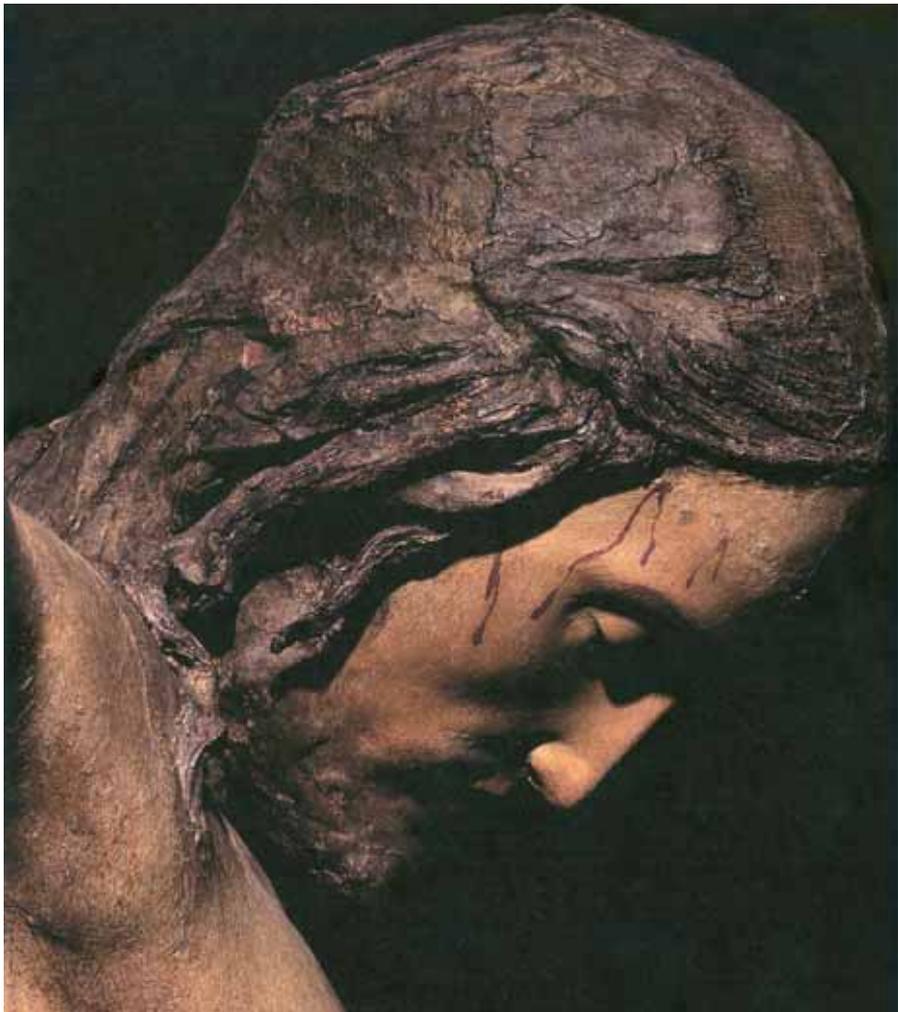
glos bendecido...»: qué bello es que también aquí el inicio es haber sido bendecidos. El inicio es Otro que bendice, que dice bien, que ama. Sigue diciendo Giussani: «...y confirmado en su estar orientado hacia la salvación...»: confirmado en desear ser salvado. ¡Qué hermoso es también esto!... *Orientado hacia la salvación*: es como cuando el niño mira pidiendo. ¿Qué es lo que ha bendecido y confirmado al pueblo cristiano en su deseo de salvación? Concluye Giussani: «Creo..., sobre todo, una cosa: el santo Rosario».

He querido comenzar, esta tarde, esta meditación sobre la Pascua citando las palabras más sencillas de aquel encuentro de hace diez años.

El prospecto de invitación para la meditación de hoy cita una frase de Giussani: «Desde que Pedro y Juan corrieron al sepulcro, desde que lo vieron resucitado y vivo entre ellos, todo puede cambiar». Sí, todo puede cambiar. Así que esta tarde quisiera tratar de explicar cómo, durante estos diez años, la oración se ha vuelto para mí más sencilla de lo que podía ser hace diez años, dado que hoy resulta más evidente al corazón que tampoco la plegaria nace de nosotros. También nuestra respuesta, nuestra oración, es la confianza que nace del ser atraídos en ese momento, de ser amados en ese momento, de ser predilectos en ese momento.

En estos días la santa Iglesia nos invita –especialmente en Semana Santa– a lo que nos invita siempre, es decir, a mantener fija la mirada en Jesús. Es la frase que repite dos veces san Pablo en la Epístola a los Hebreos: «Fíjense en Jesús» (*Hb 3, 1*). Y luego: «Fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe» (*Hb 12, 2*). Mantener fijos los ojos en Jesús es un mirar pidiendo. Me parece que el mirar pidiendo es como el culmen de lo humano. Pienso que también los padres y las madres aquí presentes se conmueven mucho más cuando sus hijos miran pidiendo cariño que cuando obedecen a algo que les dicen. Este mirar pidiendo es como la expresión suprema de lo que el corazón del hombre puede realizar.

Pero hay algo que es anterior a este mirar pidiendo. Hay algo que es anterior a la petición del corazón. Hay algo que es anterior al hecho de que como niños levantamos los ojos y pedimos amor. Hay algo que es anterior, y este algo es Otro que mira. Si el Señor no nos mira nosotros no pedimos. Estamos encerrados en nosotros mismos. No miramos pidiendo. Si no se empieza a respirar la dulzura de ser queridos, si no se empieza a respirar la dulzura de ser amados, no se mira pidiendo ser amados.



Quisiera, pues, sugerir esta tarde tres pasajes del santo Evangelio en los que resulta evidente que también la petición del corazón, la mirada llena de súplica del corazón, nace del hecho que Otro, conmovido, nos mira.



Jesús y la Samaritana en el pozo, detalle de la *Maestà*, Duccio di Buoninsegna, Colección Thyssen-Bornemisza, Madrid

«Jesús, como venía fatigado  
del camino, se sentó junto al pozo.  
Era alrededor de la hora sexta.  
Llega una mujer de Samaría  
a sacar agua. Jesús le dice:  
“Dame de beber”» (*Jn 4, 6-7*)

El primer pasaje es el de la Samaritana, que en la liturgia ambrosiana se leyó el segundo domingo de Cuaresma y en la liturgia romana, también este año, se podía leer el tercer domingo de Cuaresma.

Empieza así:

«Llega, pues, a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como venía fatigado del camino, se sentó junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dice: “Dame de beber”» (*Jn 4, 5-7*).

«Jesús, como venía fatigado del camino...». La frase de Agustín que comenta este versículo del Evangelio, citada por el antiguo Breviario ambrosiano, es una de las frases que aprendí de memoria en mi seminario y que no he olvidado nunca: «*Tibi fatigatus est Iesus / Jesús está fatigado por ti*»<sup>2</sup>. Por venir a buscarte, Jesús, ese mediodía, fatigado, estaba sentado en el pozo. Y añade Agustín: «La fortaleza de Cristo te creó / *Fortitudo Christi te creavit*». Te ha creado él, Dios verdadero. «*Infirmitas Christi te recreavit / Y la debilidad de Cristo te recreó*»<sup>3</sup>. Ha sido el hecho de que él, verdadero Dios y verdadero hombre, ha experimentado la debilidad humana como nosotros.

<sup>2</sup> Agustín, *In Evangelium Ioannis XV, 6*.

<sup>3</sup> *Ibid.*



Por ti Jesús estaba sentado en el pozo, fatigado. Y llega una mujer a sacar agua. Esta mujer no le dice nada ni le pide nada. Es Jesús quien le habla y le pide. ¡Es estupendo! Esta mujer va a sacar agua y no pide nada, ¡nada! Saca agua porque le hace falta. Es Jesús quien le pide: «Dame de beber». Resulta evidente que la iniciativa no nace del corazón de la mujer, sino de Jesús: «Dame de beber». Si él no se lo hubiera pedido, si no hubiese tomado él la iniciativa, la Samaritana no lo habría encontrado. Había ido a sacar agua como todos los días. Era una mujer –digámoslo así– no muy religiosa. «Has tenido cinco maridos», le dice Jesús, «y el que ahora tienes no es marido tuyo» (*Jn 4, 18*). Y ella, como para defenderse ante el hecho de que le está desvelando su vida, se pone a hablar de co-

sas religiosas. En el fondo no le interesaba preguntar en qué lugar había que adorar, si en la montaña donde adoran los samaritanos o en Jerusalén (cf. *Jn* 4, 19-20).

Pero lo que más me llamó la atención este año cuando releí este Evangelio fue el hecho de que es Jesús quien pide. Es Jesús quien se hace mendigo, mendigo del corazón del hombre. Porque de no ser así el corazón del hombre no pide. No pide ni siquiera la felicidad porque *fugitivus cordis sui*, porque, después del pecado original, el corazón está lejos, el hombre huye de su propio corazón<sup>4</sup>. Es verdad que busca la felicidad, pero la busca en los placeres de los que tiene experiencia inmediata, y la voluntad no se puede apartar de las imágenes de estos placeres de los que tiene experiencia inmediata<sup>5</sup>. Es necesario un placer *más inmediato y más atractivo*<sup>6</sup> para apartar la libertad, la voluntad, de los placeres de los que el hombre herido por el pecado tiene experiencia inmediata.

Así que fue Jesús quien pidió. La iniciativa fue suya. Y antes de aludir a la única cosa que llamó la atención de la mujer –que cuando vuelve a la ciudad no se acuerda de las palabras de Jesús sobre el agua viva, es decir, sobre

<sup>4</sup> Cf. Agustín, *Enarrationes in psalmos* 57, 1.

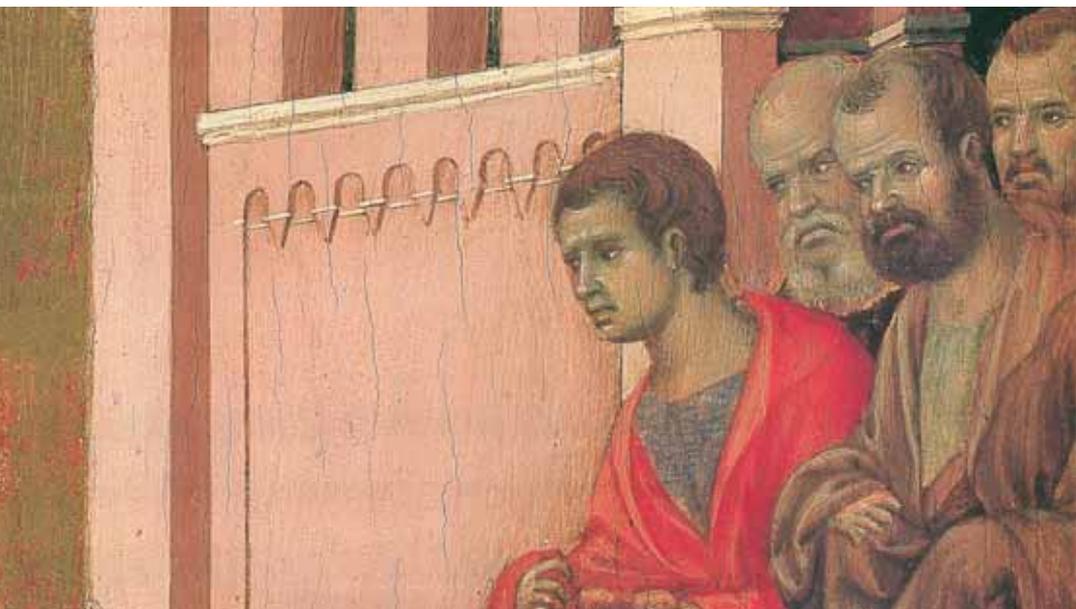
<sup>5</sup> Cf. Agustín, *Confessiones* X, 22, 32.

<sup>6</sup> Cf. Tomás de Aquino, *Summa theologiae* II-II q. 23 a. 2.

la gracia, sobre la sobreabundancia de gracia, sino que se acuerda sólo de las referencias a su vida personal: «Me ha dicho todo lo que he hecho» (Jn 4, 29)–, Jesús promete la abundancia de esta gracia, la abundancia de este agua que él dona en el corazón del hombre. ¿Por qué? Porque Jesús pidiéndole a nuestro corazón que le ame –digámoslo así–, antes tiene que darle al corazón la posibilidad de que nuestro corazón lo ame<sup>7</sup>. Y es de una gran belleza el hecho de que Jesús, después de haber prometido que dará esta sobreabundancia de gracia, esta sobreabundancia de agua que brota para la vida eterna (cf. Jn 4, 14), hable de la adoración en el Espíritu y en la Verdad, en el Espíritu Santo y en la Verdad que es él mismo (cf. Jn 4, 23-24). Dice, pues, que se puede rezar y adorar en virtud de su don. El corazón pide cuando el don de Dios lo toca, porque si no el corazón ni siquiera pide. El corazón pide cuando el don de Dios lo toca, cuando el don de Dios lo conmueve. Entonces pide que se le quiera, que se le ame, entonces pide la felicidad. Se pide en virtud de su don.

Hay una oración en la antigua liturgia ambrosiana que me gusta mucho –la segunda oración de Laudes de los domingos de Cuaresma–, que dice: «... *vigilet in nobis gratia tua* / ... tu gracia vigile en nosotros». Qué bello: tu

<sup>7</sup> Cf. Misal romano, III domingo de Cuaresma, prefacio.



gracia rece en nosotros. La oración misma nace de su don, de su atractivo, del hecho que conmueve nuestro corazón. «*Vigilet in nobis gratia tua*». Qué hermoso es darse cuenta de que nuestra misma respuesta es *primera-mente* un don suyo<sup>8</sup>. Esto hace que la vida sea sencillísima. La imagen de la vida cristiana no es la que representa el don de Dios por una parte y nuestra respuesta por la otra. Si así fuera no sería fácil. Es el don de Dios –¡el don de Dios!– que suscita también nuestra respuesta. Es el *atractivo de Jesucristo* que conmoviendo el corazón suscita el placer de seguirle. Nuestra respuesta es *primeramen-*

<sup>8</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2008.

te su don. No es como un dialogo al mismo nivel: por una parte el don del Señor y por la otra nosotros que respondemos. Es ese don el que, atrayendo el corazón, da el placer de acogerlo, da el placer de seguirle, da el placer de corresponder<sup>9</sup>. Recordemos la frase de Giussani – que él mismo dice que es la más arriesgada que ha dicho en su vida–: la coherencia es un milagro<sup>10</sup>. Nuestra respuesta es *primeramente* su gracia. Y si su gracia no atrae al corazón, si no le da al corazón el placer de ser atraído, no se responde. Se responde por un placer más inmediato, más agradable. Se corresponde porque su atractivo corresponde al corazón. Por la correspondencia de su gracia con el corazón, se corresponde adhiriendo<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> Cf. Juan Pablo I, Catequesis durante la audiencia general del miércoles 27 de septiembre de 1978: «El amor a Dios es también viaje misterioso: es decir, uno no lo emprende si Dios no toma la iniciativa primero. “Nadie –ha dicho Jesús– puede venir a mí si el Padre no le atrae” (Jn 6, 44). Se preguntaba San Agustín: y entonces ¿dónde queda la libertad humana? Pero Dios que ha querido y construido esta libertad, sabe cómo respetarla aun llevando los corazones al punto que Él se propone: “Parum est voluntate, etiam voluptate traheris”, Dios te atrae no sólo de modo que tú mismo llegues a quererlo, sino hasta de manera que gustes de ser atraído (San Agustín, *In Io. Evang. Tr.* 26, 4)», en *Insegnamenti di Giovanni Paolo I*, LEV, Ciudad del Vaticano, 1979, p. 96.

<sup>10</sup> L. Giussani, «Tu» (*o dell'amicizia*), Bur, Milán, 2000<sup>3</sup>, p. 171.

<sup>11</sup> Cf. Concilio de Trento, decreto *De iustificatione*, can. 4 (*Denzinger* 1554).



*Trinidad*, Leandro Bassano, Galería Borghese, Roma

«Jesús, dando un fuerte grito, dijo:  
“Padre, en tus manos encomiendo  
mi espíritu” y, dicho esto,  
expiró» (*Lc 23, 46*)

Leamos un segundo fragmento del santo Evangelio. Es la narración de los últimos instantes de Jesús, según el Evangelio de Lucas.

«Uno de los malhechores colgado le insultaba: “¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!”. Pero el otro le reprendió diciendo: “¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho”. Y decía: “Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu Reino”. Jesús le dijo: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, la oscuridad cayó sobre la tierra hasta la hora nona. El velo del Santuario se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” y, dicho esto, expiró » (Lc 23, 39-46).

Hay una frase de santo Tomás de Aquino que desde que la leí es como si de alguna manera hubiera cambiado mi mirada al Crucificado, mi mirada a la pasión de Jesús. La frase de santo Tomás es esta: «*Inspiravit [Deus Pater] ei voluntatem patiendi / [Dios Padre] le inspiró a Jesús la voluntad de aceptar la pasión / [...] infundendo ei caritatem / [...] infundiendo en su corazón la caridad*»<sup>12</sup>. La pasión de Jesús no es un heroísmo. También para Jesús vale el

<sup>12</sup>Tomás de Aquino, *Summa theologiae* III q. 47 a. 3.

hecho de que su respuesta es *primeramente* gracia. También para Jesús vale lo que vale para nosotros. Su respuesta al Padre era *primeramente* don del Padre. El Padre no sólo ha dado a su Hijo unigénito –«*Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*» (Jn 3, 16)– sino que también le ha dado al Hijo la voluntad de aceptar la pasión, colmando su corazón de caridad, dándole en plenitud a la humanidad de Jesús esa plenitud de Espíritu Santo que ya tenía. La renovación del don es un nuevo inicio también para Jesús. Dando la plenitud de la caridad le ha dado a él plenamente la posibilidad de decir sí, le ha dado a él plenamente la posibilidad de corresponder, le ha dado plenamente a Jesús, así como nos la da a nosotros, la posibilidad de obedecer.



Hay una oración que los sacerdotes pueden rezar antes de la comunión, que dice: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre / *cooperante Spiritu Sancto* / y cooperación del Espíritu Santo, diste con tu muerte vida al mundo ...». Es maravilloso mirar de esta manera a Jesús crucificado, reconociendo que la pasión de Jesús –su obediencia, su abandono en las manos del Padre– es *primeramente* efecto de esta plenitud de caridad que el Padre le ha dado.

Hay una palabra de Jesús en la cruz que desde este punto de vista me conmueve, y es precisamente la palabra abandono. Dice Jesús: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» (*Mt 27, 46; Mc 15, 34*). Y Jesús diciendo estas palabras, se abandona: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc 23, 46*). Ha experimentado todo el dolor. Pero es algo distinto experimentar el dolor a ser abandonado abandonándose. Ha experimentado todo el dolor, todo el dolor de ser abandonado por el Padre. Pero el Padre le ha dado la plenitud de la caridad, es decir, el Espíritu Santo. El Padre le ha dado así la posibilidad, mientras era abandonado, de abandonarse. Es diferente sufrir abandonándose. Es diferente para un niño pequeño sufrir abandonado en los brazos de su madre respecto a sufrir no teniendo a nadie en quien abandonarse. El Padre le ha dado al Hijo esa plenitud de caridad por lo que, abandonado, se abandona.

La pasión de Jesús no es un heroísmo. Es el niño que, abandonado, se abandona por una plenitud de amor que se le ha volcado en el corazón. Es el niño que vive toda la experiencia del dolor humano abandonándose en los brazos del Padre por una plenitud de predilección que le es infundida en el corazón.

¡Cuánto me conmueve cuando en esta Cuaresma, durante el *Vía crucis*, en cada estación repito: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! La pasión no es un heroísmo: es un misterio de amor gratuito. Él mismo había dicho: «El Hijo no puede hacer nada por su cuenta» (*Jn* 5, 19. 30). Él mismo había dicho: «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy, y que no hago nada por mi propia cuenta» (*Jn* 8, 28). Reconociendo que el Hijo no puede hacer nada *por su cuenta*, se reconoce que es el Unigénito de Dios, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero.

No sé si he logrado expresar la conmoción al mirar así a Jesús crucificado. Al mirar a Jesús que dice: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» y que al mismo tiempo, se abandona en los brazos del Padre. Se abandona en virtud de una plenitud de caridad que el Padre le da. Así, pues, también su obediencia, que nos ha salvado, es *primeramente* gracia, es predilección del Padre por el Hijo predilecto.



Jesús resucitado y María Magdalena, detalle de la *Maestà*, Duccio di Buoninsegna, Museo de la Opera del Duomo, Siena

«Le dice Jesús: “Mujer,  
¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”.  
Ella, pensando que era el encargado  
del huerto, le dice: “Señor,  
si tú le has llevado, dime dónde  
le has puesto, y yo me lo llevaré”.  
Jesús le dice: “¡María!”. Ella se vuelve  
hacia él ...» (Jn 20, 15-16)



El tercer fragmento del Evangelio de Juan: María Magdalena en el sepulcro.

«Estaba María llorando fuera, junto al sepulcro...» (*Jn* 20, 11). En los versículos anteriores, el Evangelio de Juan –es muy bello– describe a Pedro y Juan corriendo al sepulcro (cf. *Jn* 20, 1-10). Juan llega antes, porque corre más. En efecto, corremos porque nos sentimos amados. Pedro quería a Jesús más de lo que lo quería Juan. A la pregunta de Jesús: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?», Pedro responde: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero» (*Jn* 21, 15). Pedro, pues, quiere a Jesús más de lo que le quiere Juan. Pero Juan es más amado por el Señor. Y se corre más no porque se ama, sino porque se es amado. Por tanto, Juan llega antes al sepulcro. «*Meliorem Petrum,*

*feliciorem Ioannem*» dice san Agustín<sup>13</sup>. Pedro es más bueno, pero Juan es más feliz. Porque la felicidad no nace siquiera de nuestro ser buenos, la felicidad nace en el ser predilectos. Pedro es más bueno que Juan, pero Juan, al ser más amado, es más feliz, y al ser más feliz corre más, y, por tanto, al ser más feliz llega antes. ¡Qué bello es lo siguiente! Juan llega antes al sepulcro, pero espera a Pedro. Porque la predilección respeta toda autoridad. ¡Es estupendo! Cuando vi a Giussani arrodillarse ante el papa Juan Pablo II –Giussani estaba ya enfermo, durante el último encuentro con el Papa, en la plaza de san Pedro–, era evidente que la predilección de gracia respetaba toda autoridad de la Iglesia. Así también les sucedió a los apóstoles. Y así sucede hasta el fin del mundo.

Por tanto, Juan llega antes y espera a Pedro, y luego Pedro y Juan entran en el sepulcro y ven el lienzo, es decir, la sábana, aplastada sobre el mármol donde había sido depositado el cuerpo y el sudario, que le habían puesto sobre la cara. Y el modo en que han quedado las telas llama la atención de Juan, como si el cuerpo improvisamente hubiera salido de la sábana y del sudario sin desordenar nada. Las telas se habían aplastado porque el cuerpo ya no estaba. Y así Juan por esos pequeños indicios comienza a creer. Luego dirá Jesús: «Dichosos los

<sup>13</sup> Agustín, *In Evangelium Ioannis* CXXIV, 4.

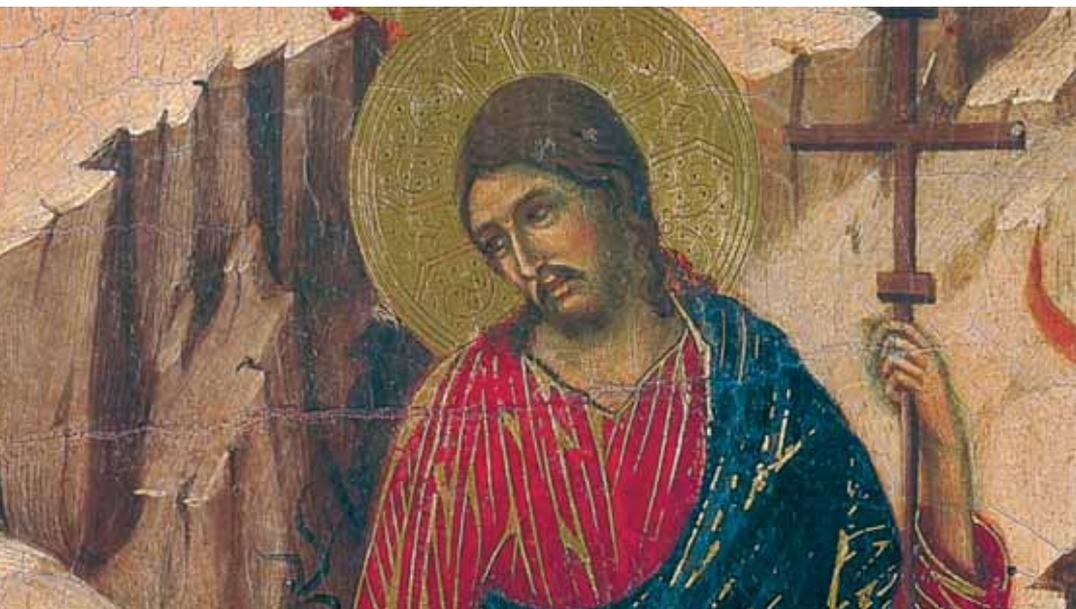
que creen sin haber visto» (*Jn 20, 29*). Es decir, aquellos que como el apóstol predilecto, comienzan a creer gracias a pequeños indicios.

Con todo, Pedro y Juan vuelven a casa. En cambio, María se queda en el sepulcro.

«Estaba María llorando fuera, junto al sepulcro. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cuerpo de Jesús. Dícenle ellos: “Mujer, ¿por qué lloras?”. Ella les responde: “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé donde le han puesto”. Dicho esto se volvió y vio que Jesús estaba allí, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús...»: también en este caso la iniciativa es de Jesús ... No solo la iniciativa de ir, de dejarse ver, sino también la iniciativa de preguntar. «Le dice Jesús: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”. Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: “Señor, si tú le has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré”. Jesús le dice: “María”. Ella se vuelve hacia él...»: qué bello es también esta mirada que nace porque somos llamados, nace porque el corazón queda sorprendido por un gesto de afecto. «Ella se vuelve hacia él y le dice en hebreo: “Rabbuní”—que quiere decir: “Maestro”—. Dícele Jesús: “Déjame, que todavía no he subido al Padre. Vete donde los hermanos y diles:

Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”. Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: “He visto al Señor” y que le había dicho estas palabras» (*Jn* 20, 11-18).

Sólo quiero sugerir una cosa respecto al llanto de María Magdalena. Dice Cesare Pavese que para estar desesperados hay que haber estado antes muy contentos. Pienso que nadie –podemos decir *quizá* nadie– como María Magdalena sintió en aquel llanto tanta desesperación, precisamente porque había sido tan feliz y tan amada (cf. *Lc* 7, 36-50). Esa mirada la había perdonado sin condenar. Este perdón que no condena cambia la vida. Y, sin embargo, esa cosa tan bella que había encontrado, ese perdón tan bello que le había cambiado la vida, había acabado. ¡La muerte de Jesús había sido real! La muerte había acabado con todo. No había más que hacer que llorar desesperadamente. Cuando ha habido una felicidad tan real, también la desesperación es proporcionada a una felicidad así, ya acabada. Y también aquí la iniciativa es de Jesús. No es suficiente un encuentro pasado. No es suficiente ni siquiera el encuentro con el Hijo de Dios –María Magdalena había encontrado a Jesús, el Hijo de Dios–, no basta el encuentro pasado si en el presente él no sale al encuentro. Y ni siquiera basta, digamos así, que haya resucitado y esté vivo –Jesús había resucitado y estaba vivo– si él no toma la iniciativa, en el tiempo presente, de salir al en-



cuentro, de hacerse presente, de llamar, de atraer hacia sí. No basta saber que existe, si no toma la iniciativa. Como resulta evidente en las apariciones del Señor resucitado que es él quien toma la iniciativa cuando quiere y como quiere. Es él quien se acerca, es él quien se hace reconocer, es él quien se deja ver y tocar: «Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo» (Lc 24, 39). No basta saber que existe, no basta saber que ha resucitado, si en el presente no toma la iniciativa de llamar, como llamó a María, de acercarse, de salir al encuentro. La fe es gracia, momento por momento. La fe es iniciativa suya, momento por momento. La fe, momento por momento, es don suyo. Cuando santo Tomás de Aquino dice: «*Gratia facit fidem*

/ La gracia crea la fe»<sup>14</sup>, añade una expresión bellísima: en este momento (si hubiera aquí alguien que no cree), para hacer pasar a la fe uno que no cree y para mantener en la fe a un pobre fiel, se requiere la misma potencia de gracia. Para mantenerme a mí en este momento en la gracia de la fe y para hacer pasar a alguien (si hubiera aquí alguien que no cree) del no creer a la fe se requiere la misma potencia de gracia. ¡En este momento! La fe es instante por instante, gracia.

<sup>14</sup>Tomás de Aquino, *Summa theologiae* II-II q. 4 a. 4 ad 3.

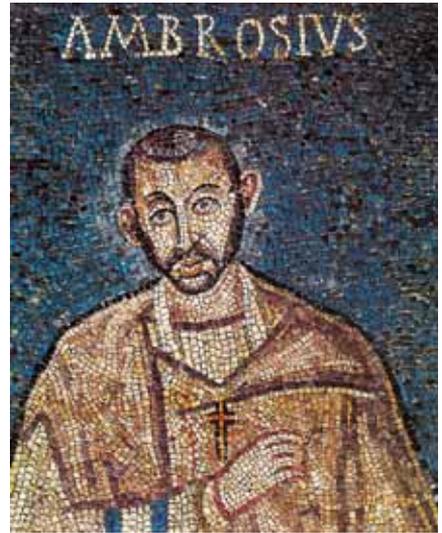


El encuentro entre Jesús resucitado y los apóstoles en el lago de Tiberiades, detalle de la *Maestà*, Duccio di Buoninsegna, Museo de la Opera del Duomo, Siena

Ahora leeré tres oraciones.

La primera –me la sé de memoria– es una oración de san Ambrosio. Es una de las plegarias más hermosas. Ambrosio comenta el último versículo del Salmo 118, el Salmo que en la liturgia ambrosiana se rezaba todos los días, desde la hora prima hasta la nona. El último versículo dice: «Me he descarriado como oveja perdida: ven en busca de tu siervo. No, no he olvidado tus mandamientos».

Ambrosio le pide al Señor que venga a buscar esta oveja que se pierde. Porque, dice el santo obispo, «si tú tardas, yo me pierdo». Esto vale para cada uno de nosotros. No vale sólo antes del encuentro con el cristianismo, vale también después del encuentro, todos los días, en cada momento. Si tú tardas en llegar, yo me pierdo, yo soy la oveja perdida. Si tú tardas, yo ahora me pierdo. Y entonces Ambrosio reza: «*Veni, Domine Iesu, / Ven, Señor Jesús, / ad me veni, / ven a mí, / quaere me, / búscame, / inveni me, / encuéntrame, / suscipe me, / tómame en brazos, / porta me / llévame*»<sup>15</sup>.



San Ambrosio, detalle de los mosaicos de la Capilla de San Víctor, Basílica de San Ambrosio, Milán

<sup>15</sup> Ambrosio, *Expositio in psalmum 118*, Tau, 28.29.



Después de la comunión, muchas veces repito el canto que aprendí de niño: «Ven a mí Jesús querido y mi corazón une a ti». No basta –tampoco aquí– que venga, es necesario que sea él quien se una a mi corazón. Si él no atrae mi corazón y no lo une a sí, aunque venga, no le amaré. No basta ni siquiera que venga: todas las veces que comulgo viene, pero es necesario que no solo venga... «Ven a mí Jesús querido y mi corazón» –el corazón mío– «une a ti». También mi pobre amor por él debe ser fruto de su atracción, debe ser fruto del hecho que él toma mi pobre corazón y lo lleva –y el corazón se deja llevar por el gusto de ser llevado–, lo lleva hacia sí.

Segunda oración. Son las últimas palabras que escribió santa Teresita del Niño Jesús. Le escribe a la madre priora del Carmelo –que era una de sus hermanas– unos meses antes de morir. Leo algunas frases: «Las almas sencillas no necesitan usar medios complicados. Yo soy una de ellas. Por eso, una mañana durante la acción de gracias, Jesús me inspiró un modo *sencillo* de cumplir mi cometido. Me hizo comprender el sentido de estas palabras del Cantar de los Cantares: “*Atráeme, correremos tras el olor de tus perfumes*” (Ct 1, 4). ¡Oh, Jesús! Luego no es necesario decir: “Atrayéndome a mí, atrae también a las almas que amo”. Esta sola palabra, “*atráeme*”, basta».

Qué evidente es esto en el mundo en que vivimos. Basta que en el mundo haya uno que corre tras Jesús de esta manera para que todo el mundo se dé cuenta. La belleza del momento que vivimos es esta, porque el mundo se ha vuelto pequeño. Basta que haya alguien que corre así tras Jesús, alguien que corre porque es atraído. No porque decide correr. Es algo bien distinto decidir *por sí mismo* correr que ser atraído. Si somos atraídos, corremos sin darnos cuenta de que estamos corriendo. Porque, si no, es una fatiga también correr tras alguien. Cuando es evidente que uno corre porque Otro lo atrae, se da cuenta todo el mundo. Si, en cambio, el hecho de correr sale de ti, no es que en sí das testimonio que él ha resucitado y está vivo. Debe ser evidente que es él quien te atrae. Porque, si no, puede ser una iniciativa tuya, si

decides *por ti mismo* correr tras Jesús. Y no se vence el temor a la muerte con lo que hacemos nosotros (cf. *Hb 2, 15*). Se vence el temor a la muerte cuando resulta evidente que es una presencia la que atrae; cuando es evidente que no haces nada más que correr tras ella dejándote atraer como un niño pequeño que corre para agarrar una cosa bonita.

Escribe santa Teresita: «Madre mía: creo necesario daros aún algunas explicaciones sobre el pasaje del Cantar de los Cantares: “Atráeme, correremos”, pues lo que he escrito me parece que no se entiende muy bien [lo mismo vale para lo que he intentado decir esta tarde]. “Nadie –ha dicho Jesús– puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae” [*Nemo venit nisi tractus / nadie va si no es atraído*]<sup>16</sup>]. Luego, por medio de sublimes parábolas –y muchas veces sin servirse de este medio tan familiar al pueblo– Él nos enseña que basta llamar para que se nos abra, buscar para encontrar, y tender humildemente la mano para recibir lo que se pide... Dice también que todo lo que se pida en su nombre al *Padre* éste lo concederá. Sin duda, por eso el Espíritu Santo inspiró antes del nacimiento de Jesús esta oración profética: “Atráeme, correremos”. Pedir ser atraído ¿qué es si no pedir unirse de una manera íntima al objeto que cautiva

<sup>16</sup> Agustín, *In Evangelium Ioannis XXVI, 2*.

el corazón? [...] Madre mía queridísima: he aquí mi oración. Pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan estrechamente a sí, que sea Él quien viva y obre en mí. [...] Cuanto más diga: Atráeme, más las almas que se acerquen a mí [...] correrán con mayor ligereza al olor de los perfumes de su Amado

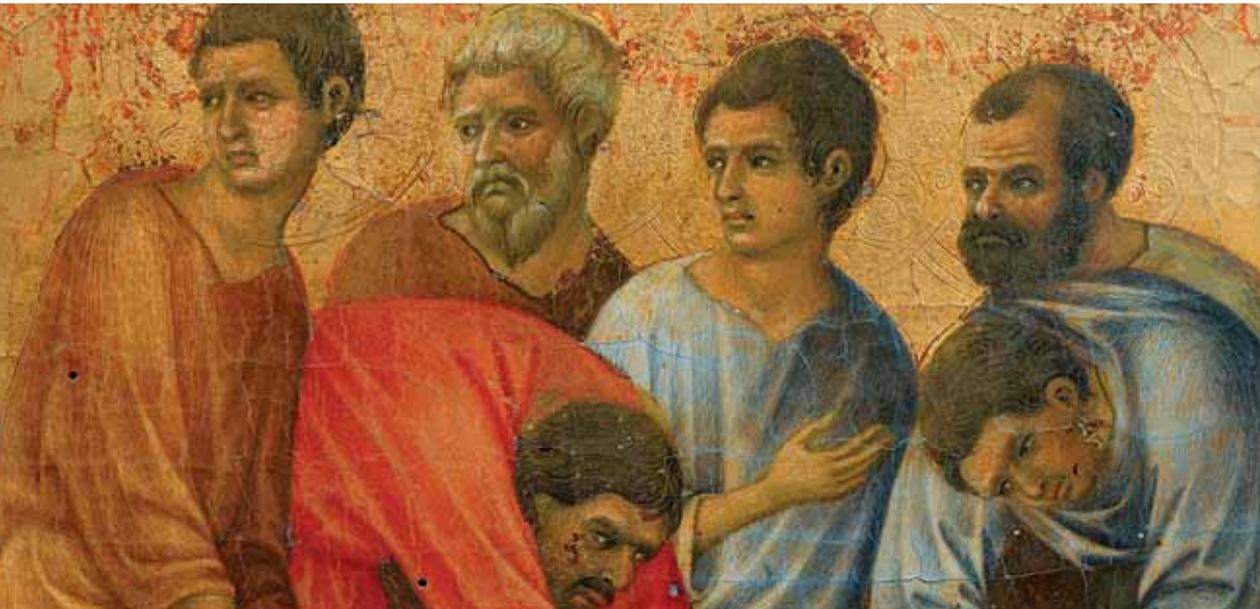


Teresa de Lisieux

[...]; ciertamente, a imitación de santa María Magdalena, ella permanece a los pies de Jesús escuchando su dulce e inflamada palabra. Pero pareciendo no dar nada, da mucho más que Marta, la cual se ocupa de muchas cosas y quiere que su hermana la imite. No son los trabajos de Marta lo que Jesús reprueba. A los mismos trabajos se sometió humildemente su Madre divina durante toda su vida, pues tenía que preparar la comida de la Sagrada Familia. Lo que Jesús quiere únicamente corregir es la inquietud de su ardiente huésped».

La última oración. Es como si el Señor en estos años hubiese hecho la oración más confiada. Y hubiese he-

cho posible intuir que la oración se cumple diciendo «gracias». Y así uno pide decir «gracias». La oración se cumple cuando la gratitud, el «gracias», se vuelve como el respiro, el respiro de cada instante. «Dando gracias *continuamente*» (Ef 5, 20). El apóstol Pablo exhorta muchas veces a dar gracias *siempre*. Así que les leo esta oración de santa Bernadette. Cuando la dulzura de ser amados es tan sobreabundante, entonces se dan las gracias, entonces es fácil dar las gracias por todo. El «gracias» nace también aquí de la dulzura del don. El «gracias» *de por sí* no nace por el don, sino que nace cuando el don hace feliz al corazón. Hace una semana fue el cumpleaños de mi sobrino más pequeño, y sus padres me invitaron a su casa. Le dieron muchos regalos, pero me llamó la aten-



ción que se pusiera muy contento con el papel que envolvía uno de esos regalos, porque hizo muchos confetis y se pasó diez minutos lanzándolos al aire. Con este ejemplo quiero sólo decir que uno no da las gracias por el regalo, da las gracias cuando el regalo alegra el corazón. Pueden ustedes regalarle a un niño algo muy bonito, pero si su corazón no se alegra con lo que le han regalado, no se lo agradece. Y así es también en la vida cristiana. Se dan las gracias cuando el don rebosa dulzura en el corazón. Cuando el don rebosa felicidad en el corazón, entonces se dan las gracias.

Escribe Bernadette: «Por la pobreza en la que vivieron papá y mamá, porque se arruinó el molino [...], por ser una boca más que alimentar, por haber tenido que cuidar niños, y vigilar ovejas. Gracias. Gracias, Dios mío. Por el fiscal y por el comisario, por los gendarmes y por las palabras, duras al principio, de mi párroco. Por los días en que viniste, María, y también por aquellos en los que no viniste...»: ¡qué estupenda es esta distinción! No es verdad que todo es igual. El Señor existe siempre. Pero no es verdad que el momento en que viene es igual al momento en que no viene. Siempre está presente. Pero también para Bernadette era diferente cuando la Virgen se dejaba ver que cuando no se dejaba ver... El cristianismo no es una certeza metafísica. Es una relación entre personas, es una relación *libre* de personas. «Por los días en que viniste, María, y también por aquellos en los que

no viniste, no sabré cómo agradecer, si no es en el paraíso. Por la bofetada recibida, y por las burlas y ofensas sufridas, por aquellos que me tenían por loca, y por aquellos que veían en mí a una impostora, te doy las gracias, Señor [...]. Te doy las gracias porque si hubiese existido en la tierra una joven más insignificante, no me habrías elegido a mí»: ¡qué hermosura desprende la palabra *insignificante*! El papa Benedicto XVI, cuando habló de san



Bernadette Soubirous

Francisco, dijo tres veces que era pequeño e *insignificante*<sup>17</sup>. Y, sin embargo, la Iglesia en aquel momento fue sostenida por este religioso pequeño e *insignificante*. El papa Inocencio III había visto en sueños a una persona pequeña e *insignificante* que sostenía el arquitrabe de la Catedral de San Juan de Letrán.

Sigue diciendo Bernadette: «Por mi madre muerta lejos de mí, por el dolor que sentí cuando mi padre [el padre fue de Lourdes a Nevers para ver a su hija que estaba

<sup>17</sup> Benedicto XVI, Catequesis en la audiencia general del miércoles 27 de enero de 2010; cf. Benedicto XVI, «*Francesco, piccolo e insignificante*», en *30Giorni*, n. 1, 2010, pp. 47-54.

en el convento], en vez de abrazar a su pequeña Bernadette, me llamó “hermana María Bernarda”, te doy gracias, Jesús. Gracias por el corazón que me has dado, tan delicado y sensible, y que colmaste de amargura [y cuando hay amargura, se sufre, y es la dulzura de la predilección lo que hace decir gracias también por esa amargura]. [...] Gracias por haber sido el objeto privilegiado de los reproches, y que otras hermanas pudieran decir: “¡Qué suerte que no soy Bernadette!”. Gracias por haber sido Bernadette. Y por el alma que me diste, por el desierto de mi aridez interior, por tu oscuridad y por tus revelaciones [también aquí la oscuridad es oscuridad y la revelación es revelación], por tus silencios y por tus rayos..., por todo, por ti, ausente o presente, [y es una cosa distinta cuando está ausente –y uno permanece de rodillas y basta– que cuando, en cambio, está presente –y uno llora de felicidad. Está siempre presente. Pero es una cosa distinta cuando está presente-ausente que cuando está presente y abraza el corazón] te doy las gracias, Jesús».



**María y el apóstol Juan, detalle de la Maestà, Duccio di Buoninsegna,  
Museo de la Opera del Duomo, Siena**

Y termino con tres frases del santo Cura de Ars.

La primera:

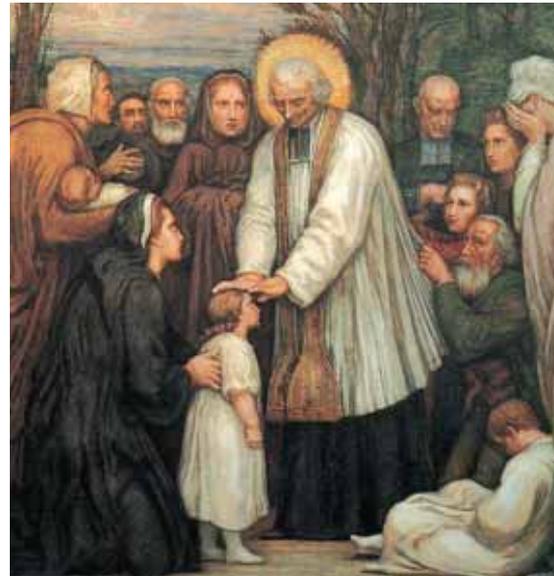
«¿Qué hacían la santa Virgen y san José? Miraban, contemplaban, admiraban al Niño Jesús. Esa era toda su ocupación».

Toda su ocupación era mirar a ese niño. Me ha asombrado la palabra *ocupación*. Agustín dice que «*totum at-que summum negotium* / la actividad –*negotium*–, la ocupación totalizante y suma» de la Iglesia es poner la esperanza en la oración<sup>18</sup>, es poner la esperanza en el mirar pidiendo.

La segunda frase:

«Saliendo de la santa misa somos tan felices como lo hubieran sido los Reyes Magos si se hubieran podido llevar al Niño Jesús».

¡Qué hermosa es esta imagen! Porque dice que sólo el presente hace felices. Saliendo de la santa misa somos felices como lo hubieran sido



El santo Cura de Ars

<sup>18</sup> Agustín, *De civitate Dei* XV, 21

los Reyes Magos si, al salir de la casa, se hubieran llevado consigo al Niño Jesús. Porque no basta verlo una vez y no basta haberlo encontrado una vez, si no se le lleva en el presente, o mejor dicho, si no somos llevados en el presente.

Bueno, la última frase, igualmente del santo Cura de Ars, la que más me gusta:

«Yo siempre fui un niño mimado [palabras del santo Cura de Ars] por la Providencia: no me he ocupado de nada y nunca me faltó nada. ¡Qué bien hace abandonarse, sin reservas, a la Providencia!». En el fondo, también mi vida puede resumirse en esta expresión: he sido un niño mimado por el amor *de* Jesucristo.

Si pueden, salgan en silencio. ¡Qué entrañable es el silencio de nuestras iglesias! Como dice la oración a san Ricardo Pampuri: «... has rezado en el silencio de nuestras iglesias...».



*Créditos fotográficos:*

Foto Scala, Florencia - concesión del Ministerio de Bienes y Actividades Culturales italiano:

Portada: pp. 18, 21;

Foto Aurelio Amendola, Florencia: pp. 4, 9;

Thyssen-Bornemisza Museum, Madrid: pp. 10, 13, 16;

Museo de la Opera del Duomo, Siena: pp. 24, 26, 30, 32, 34, 38, 42;

Archivo fotográfico Veneranda Fabbrica del Duomo di Milano: p. 33.

El editor queda a disposición de quienes eventualmente aleguen derechos



## **3ODIAS**

**En la Iglesia y en el mundo**

Director: Giulio Andreotti

Director responsable: Roberto Rotondo

©Trenta Giorni Società Cooperativa

*30Giorni nella Chiesa e nel mondo*

00173 Roma, via Vincenzo Manzini, 45

Tel. (06) 7264041

Fax (06) 72633395

e.mail: [30giorni@30giorni.it](mailto:30giorni@30giorni.it)

internet: [www.30giorni.it](http://www.30giorni.it)

Se terminó de imprimir el mes de marzo de 2011

Impreso en Arti Grafiche La Moderna - Via di Tor Cervara, 171 Roma